

EL SUEÑO DEL SEÑOR DE BELMONTE

JOSÉ MARÍA GARCÍA-CASTELLÓN GARCÍA-LOMAS

Actores: Popularmente conocidos como El Hermoso, la mal llamada La Loca, El Católico y el Señor de Belmonte.

A partir de ahora denominados como Felipe I (F), Juana I (J), Fernando Rey (FR) y Don Juan Manuel (DJM)

EDICIÓN JULIO 2014

ACTO I

La boda se celebra en Lille, el 21 de agosto de 1496. Música de corte, alegremente se divierten los jóvenes esposos Juana y Felipe al son del baile del faisán, típico juego alegre y algo erótico de tradición flamenca (Música de corte, sonidos, gritos, aplausos y vivas).

F.- Mi amada, cuanta alegría y felicidad me traslada vuestra belleza y vuestros ojos tan sinceros de pasión.

J.- Mi señor, cual hermosura es este feliz día, este feliz encuentro

F.- Levanto mi cáliz por nuestra felicidad, por tantos dones y placeres que esperan a nuestros Reinos y a nos.

Continúa el baile entre risas, algaradas y bridas haciendo constantes llamamientos al futuro de la pareja.

Pero algo va a cambiar... El Rey Católico tiene muchos planes, proyectos que se truncan uno a uno que harán del azar el protagonista de una nueva situación...

Seis meses después de su desposorio, muere el príncipe Juan, dejando a Margarita de Austria embarazada. Pocos meses después, dará a luz a un varón, el cual nace muerto.

La princesa Isabel, siguiente en la línea sucesoria, muere de parto. Su hijo, el infante Miguel, salva la vida y es el heredero a la corona.

Nace Leonor, la primera hija en Bruselas de Juana y Felipe.

El infante Miguel, heredero al trono de Portugal (por su padre) y Castilla-Aragón por sus abuelos, fallece a los dos años de edad. Juana da a luz al que será el futuro Emperador Carlos.

Inesperadamente, la infanta Juana y su consorte, Felipe de Habsburgo, pasan a convertirse en los aspirantes al trono castellano-aragonés.

Sin embargo, Felipe cuenta con un formidable valido, Don Juan Manuel, Señor de Belmonte, que había sido enviado por Fernando como

embajador ante la corte flamenca, pero que se pasa al servicio de El Hermoso. Don Juan Manuel, perteneciente a la familia de los Manueles y emparentados con la Casa Real, rápidamente se entiende con Felipe El Hermoso.

Don Juan Manuel, personaje inteligente y hábil. Señor de Belmonte y de Cevico de la Torre y futuro alcaide de Burgos y de otros muchos lugares.

*(Narra **Don Juan Manuel**)*

Y ahora mi deber es relataros tantas aventuras y desventuras. Dejadme, amado público, que os cuente lo que veo y lo que opino y, como el mundo es mundo, siempre ha sido inyectado de Amor y Poder, desde la antigua Grecia y Roma, ambos componentes han movido las mentes y corazones de homes e féminas y han sido foco de intrigas, pasiones y bajos instintos.

Deciros que Felipe no ceja en sus devaneos amorosos con otras damas de la corte y no corte *(con gracia)*.

Él es hombre de mediana estatura, de piel blanca y sonrosada, facciones simétricas, labio belfo, mofletudo, gran nariz, cabello largo y cuerpo bien proporcionado, al que al ver el Rey de Francia exclamó “He aquí el hermoso Príncipe” *(tono socarrón y de admiración)*.

De mi futura Reina Isabel deciros que está poseída de pasión, necesitada de amor terrenal y es generosa con los temas mundanos. Ella es espíritu en cocción, si me permitís esta licencia.

*(Comienza narrando **Don Juan Manuel**)*

Los frecuentes coqueteos de Felipe irritan sobremanera a Juana quien, presa de los celos, no duda en espiar cada movimiento de Felipe, llegando incluso en una ocasión a agredir con un peine a una dama sospechosa de ser una de las amantes de su marido.

DJM.- Soy, para sus distinguidas personas, confidente, asesor y hasta confesor de nuestro Felipe I, pero dejadme que esto lo relate más adelante, porque de intrigas y luchas creo que bien aviados vamos a ir y serán el motivo de estas reflexiones que hoy aquí nos convocan.

ACTO II

(Entra en escena Fernando El Católico).

FR.- Austero, torcido en la moral, contundente... De mí se dice esto, multiplicado por mil por mis enemigos... Pero permitidme que os cuente... Sólo son calificativos o descalificativos. Dios sabe de odios y ambiciones. Creo que por lo que respecta a la moral permitidme que lo califique para la vida privada de mis súbditos, por los que yo velo como rey con mi más cristiana pulcritud, pero para lo público no existen límites que condicionen a los medios y menos a los Estados *(comentario con tono de hipocresía)*.

Sé que por Europa circula un libreto, de un tal Maquiavelo, que dice parodiar las torticeras acciones que de este oficio de rey se ocasionan... Son todo habladurías cicateras de los deseos de poder de tanto oportunista capaz de codiciar tantos esfuerzos de la Cristiandad.

Mas qué queréis que os cuente de mi yerno de Flandes. Dejadme que me carcajee *(risas)*. Es serio, después de levantar la mano contra los enemigos de la Cristiandad, que como Rey Católico tenga que escuchar que se le denomina entre la Corte y el pueblo como el Príncipe Hermoso y que maneja a discreción movimientos extraños semejantes al ave faisán *(Imita con las manos y cadera)* ... ¡Ah!, y además compite al juego de la pelota... ¡¡¡Para esto se unió Castilla y Aragón!!! *(exclamación y pega un salto)*.

De mi hija... Muy cuerda no anda. Su abuela materna ya deliraba. La abuela portuguesa daba alaridos cada vez que recordaba al Condestable Don Álvaro de Luna... ¿Posesa de amor y de odio?... Nunca lo supimos. *(se lleva la mano a la sien, dando vueltas el gesto imitando a un loco)*.

Pero pensad que con estos ingredientes a mi reino no lo voy a convertir en un festín, como si de la Roma de Calígula se tratase... ¡¡¡Por menos cayeron civilizaciones!!!

Escena en Flandes. Entra Don Juan Manuel contraído y lleno de preocupación.

DJM.- ¡Mi Rey! ¿Sabéis que la contrariedad nos ha jugado mala estrella?

F.- Reponeos, tranquilizaos y contadme sin tanta inquina, querido Don Juan Manuel.

DJM.- Bien sabe que desde que mi señor y mi señora fueron proclamados Príncipes de Asturias y de Gerona, el Rey Fernando no cesa en su empeño de anular cualquier intento de que mi señor se convierta en rey. Además, desde que el Rey Fernando enviudó, ha enloquecido en sus estrategias siempre tan torticeras.

F.- De Fernando espero todo, pero no es tan fácil para él mantener Castilla. Bien sabe Dios que las cosas van a cambiar. Os digo Juan Manuel que una nueva etapa se abre pronto con Castilla, Aragón y nuestros Reinos Europeos, que algún día también serán del todo distintos. El Reino necesita abrirse a los aires renovadores flamencos y unirse a la gloriosa fama caballeresca e hidalga de Castilla.

DJM.- Pero, mi Rey...

F.- ¿Decidme?

DJM.- Me temo que he interceptado a un espía del Rey Fernando que ha logrado convencer a vuestra esposa para que confíe la Regencia en él.

F.- ¿Será posible?

DJM.- Juana se muestra cambiante, si me permitís Majestad. El amor se torna en odio, vuestros devaneos producen en la joven Princesa deseo de revancha incontrolada.

F.- ¿Será posible? ¡¡¡Qué no sepa el futuro que la espera!!! Por Dios que para mí será mi Reina, pero en manos de su padre parecerá sólo un esperpento.

Cuantas rentas vengan de las Indias, cuantos maravedíes se recauden, no dudará mi suegro en convertirlos en máquina de guerra para su particular batalla con los franceses y los estados italianos que tanto anhela. El Rey Fernando ve en los demás los mismos peligros que él

representa. Sus maniobras son propias de una mente candescente (*sube el tono de voz*).

DJM.- El espía Cochinillos, así llamado, fue interceptado y convenientemente interrogado. Estad tranquilo, Alteza... Se me ocurre, Príncipe, que la nobleza tan humillada por Fernando estará deseosa de los preces que mi Rey les puede ofrecer para ganar el suficiente apoyo para gobernar.

F.- Hábil sois, Don Juan Manuel, y como tal marchad a Castilla con el fin de preparar mi viaje antes de la coronación. Hablad con cuantos tengáis que hablar, cuidado de no desvelar en nada y pensad que de todo cabe en la mente de mi suegro... Sobre todo, si los planes no los decide él, los oídos y las lenguas abundan y hay veces que no tienen cuerpo pero sí veneno... Sólo recordad que de mi primera visita a Castilla rápido tuve que volver. No creo que fuese mi obsesión, pero por doquier veía la mano de Fernando, mi suegro, preparada para tender alguna trampa.

DJM.- Marcho a Castilla, pero permitidme que os recomiende que pidáis apoyo a vuestro padre, el Archiduque, para que os acompañe un poderoso ejército de pacífica compañía (*con sorna*) ... De la nobleza y el clero yo me encargo y veréis que con éxito...

ACTO III

(Comienza narrando **Don Juan Manuel**)

Y efectivamente... 1505. En Toro, Fernando El Católico consigue que las Cortes de Castilla le otorguen la administración del Reino.

Además, para ello, cuenta con la cláusula existente en el testamento de su difunta mujer, que hacen referencia a Juana (las malas lenguas de la Corte dicen que Fernando no paró hasta conseguir esta declaración de Isabel la Católica).

Ante la ausencia de la princesa Juana, que se halla con su marido en Flandes, convence a los procuradores sobre la falta de capacidad de ésta para el gobierno.

Al mismo tiempo intenta desesperadamente acordar el matrimonio con Juana, denominada la Beltraneja, que sufre un triste recuerdo de la época de la disputa de la Corona con los futuros Reyes Católicos. Juana vive triste y humillada en Portugal y declina el ofrecimiento de Fernando. Pero consigue el matrimonio con Germana de Foix haciendo un guiño sin igual a su irreconciliable enemigo francés y en busca de un heredero que vuelva a convertir Aragón en un Reino al margen de Castilla.

Organiza el desprestigio de su hija, de la que sólo siente el estorbo que supone su marido El Hermoso, "... habiendo sido informado particularmente de la enfermedad de la dicha reina Doña Juana".

Felipe reacciona ante las maniobras de su suegro. Aconsejado por el Señor de Belmonte, Don Juan Manuel, envía cartas a los procuradores y nobles españoles, informándoles de la buena salud de su esposa la cual está deseando ponerse al frente de sus súbditos.

No le hace falta mucho para convencer a la nobleza española, puesto que ven una ocasión inmejorable para recuperar privilegios perdidos ante Los Reyes Católicos.

Pero, ante todo, lo más urgente es su traslado inmediato a Castilla.

Y para hacerlo con toda la solemnidad y el lujo de Los Habsburgo, reúne una impresionante flota de cuarenta navíos cargados con todos los tesoros de la familia.

Pero la fortuna no le acompaña. Una tormenta causa estragos en dicha flota cuando se dirigen a España, perdiendo gran parte de su fortuna y obligándole a buscar refugio en las costas inglesas.

Una vez repuesto, continúa el viaje intentado evitar a toda costa el encontrarse cara a cara con su suegro.

Así, el 26 de abril, desembarca en La Coruña. Tras esperar pacientemente a contar con el apoyo de los nobles y con la seguridad de tenerlo especialmente del Cardenal Cisneros se produce un gran recibimiento. Felipe marcha a Valladolid, donde se encuentran reunidas las Cortes.

Mediante la Concordia de Salamanca, se acuerda el gobierno conjunto de Fernando el Católico, de su hija Juana y de Felipe de Habsburgo.

Sin embargo, las malas relaciones entre él (apoyado por la nobleza castellana) y su suegro, hacen que éste renuncie al poder en Castilla para evitar un enfrentamiento armado.

Abandonado por todos y a cambio de cuantiosas compensaciones económicas, mediante la Concordia de Villafáfila, Fernando firma un documento reconociendo la incapacidad de su hija Juana para gobernar (es la última señal que Fernando marca en su hija Juana), Fernando se retira a Aragón y Felipe es proclamado Rey de Castilla.

Seguidamente, marcha a Valladolid para ser coronado. Pero las dudas de algunos nobles y la negativa de los procuradores consiguen que tenga que hacer la entrada en la ciudad junto a su mujer.

El 12 de junio, las Cortes Castellanas reconocen a Juana como "reina verdadera y legítima sucesora y señora natural propietaria de estos dichos reinos, ... y al dicho señor don Felipe, nuestro señor, ... por rey verdadero e legítimo señor como su legítimo marido".

De esta forma se convierte en Felipe I de Castilla, y en la persona que lleva realmente las riendas del poder, dada la incapacidad de su esposa para manejar fiablemente los asuntos de Estado.

(Continúa **Don Juan Manuel**)

Sólo deciros que, bien tentado por el Rey Fernando, fui con el Señorío de Ceños, pues es lugar de la honrosa Orden del Temple, ya desaparecida, como lo son Cevico y mi amado Belmonte. Pero a Felipe Rey me debo y confianza no traicioné... Y este humilde narrador que os habla, Señor de Belmonte, no quiere dejar esta oportunidad de contar que, entre todas las argucias e intrigas, aunque fiel a mi Rey, también tentado fui...

ACTO IV.- Del viaje que emprendemos hacia Belmonte

(Narra **Don Juan Manuel**)

Nuestra visita a Belmonte era para mi una gran satisfacción, poder enseñar a mis señores las estancias de mi querido Señorío de Belmonte, mi amado castillo familiar. Además, es el lugar donde con tanta ilusión he comenzado las obras de lo que será mi descanso final, una capilla funeraria que guarde con celo mi secreto y mi pasar por este mundo.

Iniciamos nuestra marcha con una visita al Monasterio de la Santa Espina, donde salen a saludarnos el abad y los monjes, visitando el sagrario y la capilla nuestro Rey Felipe I y orando ante la custodia que guarda la Santa Espina.

La jornada continúa con una estupenda batida de caza en los Montes Torozos, con piezas magnificas de jabalís, ciervos y liebres.

Durante la caza me quedo rezagado con la Reina y comienza una interesante conversación.

J.- Vos Juan Manuel sois hombre de confianza de mi esposo. ¿Habéis visto cuantas dificultades nos han traído estos tiempos?

DJM.- ¿Dificultades Majestad? Pienso que estas malas estrellas del destino se convertirán en éxitos para que el gobierno sea un paseo de éxitos para vuestros Reinos.

J.- Prefiero pensar en trastornos del destino, mas permitidme las confidencias (*exclamando el deseo de una conversación sincera*).

DJM.- ¡Por Dios, mi Reina! (*afirmación de por supuesto, deseando escuchar*).

J.- Vos sois el mejor valido y confidente de mi esposo, él os ha honrado con reconocimientos, haciendas y el preciado Toison de Oro tan valioso en la familia del Rey...

DJM.- Perdonad Majestad, ¿dudáis de algún hecho que os turbe, quizás?

J.- Dudo de si éste es el lugar y el sitio que nos reserva la Historia.

DJM.- La Historia está hablando... Castilla quería el cambio, habéis sido aclamados y proclamados por los nobles, los consejeros y principales de Castilla... Y sobre todo por el pueblo (*alto y con entusiasmo*) ... Pero... ¿De qué dudáis? (*pregunta con tono de poderosa intriga*).

J.- Dudo si el azar nos ha puesto aquí y nuestro sitio es otro. Mis hermanos eran los elegidos del destino... Pero el Señor se los quiso llevar... Y después a mi sobrino Miguel, futuro Rey... (*emoción y voz entrecortada*) ¿Se truncan todos los planes, el destino...? No sé...

DJM.- No os aflijáis señora, el destino no es caprichoso, por el contrario es sabio y consecuente y ha querido que seáis vos y D. Felipe los Reyes de los Estados más grandes y prósperos de nuestro mundo y la principal fuerza de la Cristiandad.

J.- Mas mi padre me ha hecho dudar de todo. Le he observado desde pequeña. Nada se le tuerce, es hombre de inmensa habilidad. Algo me hace dudar (*reflexión*). Yo acepto reinar junto a mi señor Don Felipe, pero del gobierno no sé si seré lo que mi pueblo espera de mí.

DJM.- Señora, vuestro corazón clama y vuestra razón exclama, la razón y la pasión está en vos como está en vuestro pueblo de Castilla. Intuyo grandes sorpresas.

J.- ¿Qué aventuráis?

DJM.- Que de amplias ideas está deseoso nuestro pueblo de ver en sus gobernantes, y mis Reyes son poderosos emprendedores. Creo que sois, si me permitís señora, generosa en mente, pues, no en vano, la vida ha sido dura con vos y a veces caprichosa con vuestros sentimientos...

J.- Sois optimista y halagador, Don Juan Manuel (*especial énfasis al mencionar su nombre*).

(*Voz en Off de Don Juan Manuel*)

Algo interrumpe nuestra conversación. La caza ha finalizado y antes de que sea tarde debemos intentar poner rumbo a nuestro destino. Es verano y la noche será mejor pasarla en Belmonte.

Ya en Belmonte, nuestro Rey se maravilla ante la Torre del Homenaje...

F.- Representa la esencia del vigilante de los Campos de León y de Castilla y el espíritu grande de mis Reinos.

Es ya tarde de un calor sofocante de verano y nuestro Rey toma asiento de mis estancias de este castillo. Ante la gran chimenea descansa después de un gran día.

Durante estos dos días en Belmonte, noté en nuestro Rey Felipe sus amargas ideas de los propósitos expansionistas de su suegro y de sus miedos a que las disputas sobre las Indias no permitan a Fernando renunciar a influir sobre Castilla y a perder Aragón en manos de un nuevo sucesor flamenco, aunque Castilla haya reafirmado a los nuevos Reyes.

La estancia en Belmonte era muy agradable para mis Reyes, pero nuevamente los planes se alteran. Debemos volver a Valladolid y de allí a Burgos. Un capitán acompañado de varios soldados venidos a Belmonte, informan a Felipe I de que el Rey Católico ha iniciado la marcha hacia Nápoles ante una supuesta rebelión.

Algo frío recorre nuestro cuerpo. Era cierto que con la marcha del Rey Fernando las intrigas, las conspiraciones, las guerras de poder y un desenlace de enfrentamiento civil de nuestro pueblo, iban a desaparecer. El terreno queda libre. Ahora es el momento de Felipe y de Juana. Una nueva etapa se inicia. Las dudas que se han creado podrán desaparecer rápidamente.

ACTO V.- Burgos y desenlace

(Narra **Don Juan Manuel**)

Quizá el verano menos caluroso será propio para hacer los planes futuros de Estado. En el viaje a Burgos no pierdo ocasión de plantear proyectos. Felipe receptivo, ambicioso como joven Rey que es y en proceso de borrar de su mente épocas pasadas. Juana esquiva, preocupada como una adolescente, con la mirada de su esposo a la que parece buscar de manera constante para leer en él o mejor descifrar su amor.

(Voz final, reflexión)

Lo que desde aquí sucede es de todos conocido, amado público, no por casual y sí por extraño: nuestro Rey atlético y aficionado al juego de pelota y a la caza, acepta el reto del juego y al terminar bebe agua fría. Después de la jornada cae enfermo de fiebres altas y su aspecto cambia de color, se tuerce su hablar y su pesar, y en un desenlace al quinto día concurre en muerte, sin poder hacer nada los médicos y doctores venidos de muchos lugares...

Poco más puedo añadir a tan magna tragedia, el destino o la mano del destino. Muerto nuestro Rey las cosas van a cambiar. Juana embarazada sólo da muestras de obsesión, de pena y es un alma errante de tristeza que no asume la ausencia del amado, y de embarazo avanzado en soledad, cual alma en pena buscando cobijo y soledad por Castilla, va con su séquito fúnebre.

Quiero contaros que este vuestro Señor de Belmonte, que todo esto os relata, ha tenido que marchar de Burgos vestido de fraile para disimular mi presencia y que, ante la incertidumbre que produce el vacío de Estado por la muerte de nuestro Rey, los partidarios de Fernando han tomado posiciones.

Os confieso que he salido de Burgos por el temor a ser detenido, pues de Fernando a mí me esperan las mayores desdichas. Adiviné en su mirada, cuando nos encontramos en Villafáfila apenas hace unos meses, que el rencor hacia mí podía llegar y de rencor los peores augurios pueden venir.

En Castilla y en Flandes son muchos los que ven detrás la conspiración y muchos de los grandes hombres sospechan que algo ha pasado que nunca se sabrá. Todos callan e incluso el dedo señala a ciertos personajes que ese día allí estuvieron, con mi Rey Felipe, jugando a la pelota y departiendo animadamente y que sin escrúpulos alguna orden cumplieron (al menos, en la conjetura del desenlace mi obsesión no me deja un minuto de paz ¿Qué ocurrió?).

Éste, ya vuestro narrador y amigo, quiere sólo contaros que a Flandes corrí a refugiarme y deciros que me buscaron y encontraron. Así fui apresado y encarcelado. Todo mi proceso adulterado es en el fondo basado en mi devoción a mi Rey Felipe I.

Mis consejos y mi esfuerzo por servir a los “auténticos Reyes por las Cortes elegidos y reconocidos”, a prisión me han llevado. ¡Qué años de soledad y tristeza y de recuerdos pasé en prisión!

Mas de Castilla me llegan noticias... Nuestra legítima Reina está recluida en Tordesillas, dícese por mal de amores, dícese por extraños comportamientos, Fernando, su padre, allí la tiene confinada. Yo que la conocí de su generosidad doy fe y de sus deseos de silencio para no hacer daño a nuestros Reinos. El Cardenal Cisneros de regente o, mejor, de representante de Fernando.... El Católico (exclamando con sonrisa).

El Príncipe heredero y el futuro Carlos I, reinará y será el nuevo emperador del Sacro Imperio de Hispania a Flandes, de la Germania a Nápoles y Sicilia.

Yo fui liberado y habilitado e incluso agasajado. Carlos I me envió como embajador a Roma y otras responsabilidades de Estado. Enorme confianza para alguien que años ha estado privado de libertad, ¿no creéis?

Lejos de mi amado señorío, de mi castillo, de Belmonte y de mi capilla, para la eternidad abandonada por el este final.

Y esto os lo cuento hoy, pues los años y la memoria aflojan el pensamiento y el recuerdo hace que sin odio y sin rencor saque mi conclusión.

Mas el futuro será feliz si de buen pasado recordado... Pero... ¡Silencio! Sois el pueblo quien más con la razón y menos con la pasión iluminaréis la verdad para el futuro...